



Lucas?

Se versa acerca de Colquiri y uno de sus parajes más alejados: el socavón Zorro.

lón a salvo. Una vez que el rajo
ó al lugar y encontró alguna
erso que se dispuso a juntar y
stinto al extraído con su com-
Cuando hubo concluido y se
amente, sintió que alguien se le
odía tratarse del «pasa tiempo»
por la tarjeta de asistencia. Se
ó con un gringo alto de cara
da. Tenía la ropa limpia y el
otección) nuevo. A la altura de
ara de carburo de calcio. Sin
ó y éste le dijo:

ha fallado.
ten el trabajo si alguien falta?
acer uno solo el trabajo de dos.

a ocurrir.
neral trabajado, recorrió con la
la mano la veta que se estaba
rada crítica hizo una mueca de
s le dijo al cabecilla:
mento y me traes coca, cigarril-
e alcohol.
leton y echó una mirada a los
peranza de que le dé el dinero
a, pero el gringo le dijo:
o? Ya deberías estar en camino.

la ladera hasta el campamento
guió la libra de coca, los cigarril-
litro de alcohol. Cuando volvió,
uz de su lámpara y, al llegar al
do en el suelo en mangas de
de cuero y con las manos un
e el resto de su ropa aún estaba
lo le dijo:

tado trabajando.
ba al gringo, sino el mineral
er que una sola persona haya
eral a la montaña en tan poco
ral fuese para él. Todavía sin
le entregó la bolsa con las
recibirla le dijo:

todo con más tu bolsa - y se fue
arle las gracias. No podía creer
fichear y a meditar. Verdadera-
ación. Los gringos no acostum-
los socavones. Aparte de su
pa un «chivato» (muchacho ado-
dos). Los gringos no tenían por
os trabajando para un minero.
a de alta ley, su experiencia le
ntonces decidió entregarle ese
que compartirlo con nadie. Fue
anta» (turno). Pidió tres ayudan-
l jefe, antes de otorgar lo pedido
nstató la existencia del mineral
ulta con la superintendencia

correspondiente, la entrega inmediata.

No obstante su buena suerte, el cabecilla siguió trabajando normalmente los siguientes días y, el primer sábado del siguiente mes, luego de «challar» en la vispera recibió su papeleta de pago de buena cuenta. Con ese dinero dio una «t'inka» (recompensa) a los jornaleros que le ayudaron y un regalo especial a su compañero de contrato. Ante la expectativa general, llegó el tercer sábado, el de la liquidación. El cabecilla recogió su papeleta de pago y se la guardó en el bolsillo. Al lunes siguiente presentó su carta de renuncia al trabajo. Se despidió de sus vecinos e inventarios y al final se le congeló su liquidación por los años de servicio y por el mineral trabajado en un solo día. Con todo ese dinero hizo planes para dejar el campamento minero. Luego de despedirse de sus vecinos y amigos, bajó a la carretera con su esposa e hijos y, en un camión proporcionado por la Empresa, se fueron para siempre del campamento. Se dice que compraron una casa para vivir en Oruro y un camión para trabajar.

Este relato quedó entre los trabajadores de interior mina, especialmente entre quienes trabajaban en Chojña, Doble Ancho y San Antonio y, un buen día sucedió que el nuevo contratista de Socavón Zorro, hallábase trabajando solo, como en otras ocasiones, pues su ayudante, un chasquiri que vivía en el barrio de Miraflores era un conocido «fallón» y de pronto sintió la presencia de alguien más en el socavón. Era un gringo con la vestimenta algo descuidada quien al verlo le dijo:

- Hola compañero, ¿estás trabajando?
- Sí jefe, me estoy preparando para barretear.
- Qué bien, ¿está bien marcada la veta?
- Sí jefe, ayer ha estado el ingeniero para marcar
- Qué bien. Compañero, ¿me puedes invitar coquita, cigarrillos y alcohol?

El barretero conocedor de la historia del anterior cabecilla, pensó que era su día de suerte. Salló a toda prisa y se fue al campamento por el encargo. Fue a su casa a sacar sus pocos ahorros. «Tendrá que ser un buen presente» pensó y compró media lata de alcohol, cinco libras de coca, dos paquetes de cigarrillos (veinte cajetillas) y bastante lejía. Con todo eso llegó hasta el Socavón donde el gringo lo esperaba sentado. Éste recibió las cosas y se fue rápidamente dándole infinitas gracias.

¿Y el mineral trabajado? No había ni un gramo. Entonces el barretero barrenó la roca, la cargó con dinamita, encendió la mecha, salió del socavón, contó las explosiones, después de una espera que se hizo larga volvió a ingresar al paraje y vio que el mineral era igual al de días anteriores.

Volvió la rutina al Socavón Zorro, incluyendo las «fallas» del chasquiri y un tiempo después de la visita del gringo, mientras el barretero plijcheaba solo, escuchó a manera de saludo:

- ¿Cómo se encuentra compañero?
- Era el mismo gringo. No sabía si contestar o no el saludo. Quería reprocharle por lo de la vez anterior, pero estaba consciente de que el gringo nada le había prometido.
- Bien nomás jefe - le dijo por fin.
- ¿Por qué estás trabajando solo?
- Porque mi compañero es un «fallón»
- No importa. Así la ganancia es para uno nomás.
- Estas últimas palabras le dieron cierta esperanza. El

gringo, con cierta timidez le hizo un pedido:

- Compañero, hazme un gran favor. Invítame coquita, alcohol y cigarrillo.

El barretero, aún con cierta duda decidió ir a traer lo pedido. Esta vez trajo una cajetilla de cigarrillos, una libra de coca, lejía y un litro de alcohol. Se descargó la bolsa de la espalda con mucha lentitud, mientras buscaba en el suelo algún montoncito de mineral. Con mucha desconfianza entregó el bulto al gringo y éste tomándolo con las dos manos se fue en dirección a la salida no sin antes decirle:

Gracias compañero, estos favores no se olvidan. En su hora tendrás tu recompensa. Te va a ir bien en el trabajo.

El pobre barretero buscó en todo el paraje así sea un poquito de mineral. Miró la veta, nada. Se sintió engañado.

El trabajo en interior mina es el más sacrificado. Para el barretero ese trabajo le causaba una profunda pena. Pena de no tener suerte con el gringo. Para mal de sus pesares, la veta amenazaba con perderse y, por si fuera poco, un día se toparon con el «sínchi» (roca durísima), que obligaba al barretero a redoblar su esfuerzo.

Gracias a las «fallas» de su compañero, el gringo se le hizo cliente. Se le apareció por tercera vez.

Compañero ¿cómo has estado?

El barretero le contestó con un seco:

- Bien nomás.
- Parece que algo te está molestando
- No. Estoy trabajando. Tengo que avanzar para cumplir con mi cupo. En este paraje nadie puede «boyar» (tener buena ganancia)
- Caraspas. ¿Cómo es no?
- Sí. Así nomás es. Aquí uno tiene que rajarse el alma para ganar un poco. Ni así se puede tener dinero para mantener a la familia.

- No reniegues tanto, más bien invítame un poquito de coca.

- No tengo tiempo ni tengo dinero.
- No importa que sea un poco.
- No, no siempre.

En ese momento apareció otro gringo bien vestido con ropa nueva y limpia. Su lámpara de carburo alumbraba con una luz azul brillante y no amarilleaba como la de el otro gringo. Sin siquiera saludar, increpó al que pedía un poco de coca:

- Lucas. ¿Qué estás molestando a mis hijos? Tú no tienes por qué venir a mis parajes. El Socavón Zorro es mío. Vuelve a los tuyos, que los tienes olvidados y aprende a cuidar tus vetas y ganarte el respeto de tus hijos. ¡Largo de aquí!

El gringo llamado Lucas saltó sin replicar, el gringo bien vestido le siguió. Nadie pudo dar cuenta de quienes eran esos dos gringos. El único testigo quedó asombrado y asustado, al extremo de que no quiso saber nada de trabajar en el Socavón Zorro.

Estanislao Aquino Aramayo
Investigador Orureño.